FLACSO
CHILE
Biblioteca

G239re
DT.396
c.3

DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-CHILE
NUMERO 396, Enero 1989

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO
13.138

466.-

LAS REALIDADES POLITICAS Y EL TESTIMONIO DE LA RELIGION. UNA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA*

Manuel Antonio Garretón M.

* Ponencia presentada al Seminario "Teología, Política y Paz", organizado por el Carter Center y Candler School of Theology de la Universidad de Emory. Atlanta, Georgia, Estados Unidos. Abril, 21-24, 1988. Agradezco la colaboración de Sergio Contreras en la selección y recolección del abundante material bibliográfico utilizado para este trabajo, pero cuyas referencias hemos referido a lo mínimo.

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

Este trabajo busca plantear la problemática de la relación entre política y religión (y, por lo tanto, entre política y reflexión teológica) en América Latina, desde una perspectiva sociopolítica y no de la teología.

La exposición tiene dos partes. En la primera nos referimos a los rasgos centrales de la política latinoamericana. En la segunda, presentamos los problemas principales de la relación entre religión y política a partir de los fenómenos descritos en la primera parte. En ambas partes usaremos la forma propositiva más que la argumentativa, lo que refuerza el carácter esquemático de nuestro trabajo.

Observaciones preliminares

Esta ponencia busca plantear la problemática de la relación entre política y religión (y, por lo tanto, entre política y reflexión teológica) en América Latina, desde una perspectiva sociopolítica y no de la teología.

Algunas cuestiones previas deben ser tenidas en cuenta. En primer lugar, la dificultad de hablar de América Latina como un conjunto y el sesgo "Cono Sur" de mi enfoque. En segundo lugar, el carácter esquemático de mis reflexiones sobre la religión y la teología y el peso especial otorgado al catolicismo y la Iglesia Católica, dada la realidad latinoamericana. En tercer lugar, el carácter problematizador y conjetural de mi exposición, en desmedro de una posición más normativa.

La exposición tendrá dos partes. En la primera nos referiremos a los rasgos centrales de la política latinoamericana. En la segunda, presentaremos los problemas principales de la relación entre religión y política a partir de los fenómenos descritos en la primera parte. En ambas partes usaremos la forma propositiva más que la argumentativa, lo que refuerza el carácter esquemático de nuestro trabajo.

I. La política latinoamericana

1. El modelo de desarrollo latinoamericano en la mayor parte de este siglo se ha caracterizado, por los siguientes rasgos.

En el plano económico, por su dimensión dependiente y heterónoma, por tasas de crecimiento no acompañada de procesos y redistributivos, por la consolidación de una masa marginal ubicada en el sector informal, es decir, por la mantención y agudización de la desigualdad, por el peso y el papel del Estado en un proceso de industrialización y modernización incompletos. En el último tiempo, la dependencia económica ha sido redefinida y agudizada en términos del problema de la deuda externa, que ha comprometido seriamente las posibilidades de crecimiento futuro.

En el plano social y cultural[1], los procesos de modernización dependientes e incompletos y elitarios han significado, junto a las desigualdades y marginalidades señaladas, la debilidad de actores clasistas autónomos y

---

[1]. Ver para estos temas y los del párrafo siguiente, A. Touraine, "La Parole et le sang. Politique et Societé en Amerique Latine" (Editions Odile Jacob, Paris, 1988).

su dependencia del sistema político (estatal o partidario); la coexistencia de mundos civilizatorios premodernos, modernos y post modernos; la presencia de masas movilizadas desarticulada de los canales institucionales entre sociedad civil y Estado; la autonomía de los fenómenos ideológicos y expresivos respecto de las bases materiales y sociales; la combinación de las dimensiones clasistas, modernizadoras y nacionalistas en los movimientos sociales.

En el plano estrictamente político, la ausencia de una homogeneidad de base material, social o cultural, le da al Estado un papel crucial tanto en la articulación de la unidad nacional, como espacio de un "sentido de nación" que no se encuentra en la sociedad civil, como en cuanto actor representante en el campo internacional. La heterogeneidad estructural refuerza el rol de Estado; la dependencia lo debilita. Este peso del Estado ("el Estado precede a la Nación") le da a la política una sobredimensión que no tiene en otros modelos de desarrollo. Política y sociedad se interpenetran: no estamos ante una clara diferenciación entre sociedad civil (clases sociales), régimen político (partidos) y Estado, sino ante una fusión de todos estos elementos.

Toda política tiene que combinar una dimensión movimientista, modernizadora o desarrollista y nacionalista o estatalista. El componente más débil tiende a ser el régimen político y la política es más participación que representación. El populismo aparece como la forma o el estilo político más difundido en América Latina durante décadas, ya sea a nivel de Estado, de partido o de movimiento, precisamente porque funde el llamado al pueblo, con la intención industrializadora o modernizante, el manejo del Estado y el llamado a la unidad de la Nación contra la amenaza imperialista. Las formas políticas alternativas al populismo son el clasismo (generalmente de origen marxista), la lucha guerrillera, el basismo y el comunitarismo de origen cristiano. Todo lo anterior le da a la política un carácter fuertemente expresivo y pasional, integralista, y donde el caudillismo juega un papel de sustituto de la canalización institucional.

En el plano de la inserción internacional, junto a la dependencia económica, América Latina está desgarrada también por su doble pertenencia al mundo occidental y al Tercer Mundo, fenómeno especialmente bien descrito en las novelas. Esta dualidad la ha integrado de

hecho a la lucha por la hegemonía mundial en forma subordinada a los intereses de los EE.UU., potencia que, salvo raras excepciones, la ha visto no en su propia especificidad sino en su carácter de campo de conflicto contra su propio enemigo, la URSS. El caso centroamericano es el que mejor ilustra este aspecto.

2. Hay países que aún se debaten en la lucha antioligárquica y por la independencia nacional[2]. En los países que hubo un cierto colapso del poder oligárquico y su modelo de desarrollo, a comienzos de siglo y con la crisis mundial del 29-31, se estructuró un tipo de arreglo político que fue conocido como el "Estado de compromiso". Este, a través de diversos tipos de regímenes políticos, significó un acuerdo inestable entre sectores oligárquicos, burguesía modernizante, grandes capas medias y sectores populares organizados en forma subordinada, que promovió industrialización y ciertos grados de democratización social. Ello se hizo en desmedro de las masas campesinas y urbano-marginales. En la década del 60, este "Estado de compromiso" adquirió un

---

[2]. Sobre los temas de este párrafo, ver mis libros "El Proceso Político Chileno" (FLACSO, Santiago, 1983), "Dictaduras y Democratización" (FLACSO, Santiago, 1984) y "Reconstruir la Política. Transición y Consolidación Democrática en Chile" (Editorial Andante, Santiago, 1987).

carácter más reformista e integracionista, pero los márgenes estrechos del capitalismo dependiente y la inconsistencia de los actores sociopolíticos para un acuerdo consensual que ampliara o alterara estos márgenes, llevó a una descomposición que llevó a tres formas de salida: la lucha guerrillera, la política clasista y la reacción conservadora. Las dos primeras tuvieron fracasos o cortas duraciones. La segunda logró imponerse por tiempos relativamente largos a través del único actor, las Fuerzas armadas, que tenía la fuerza para eliminar, a sangre y fuego, las políticas redistributivas, populistas y clasistas, e intentar una recomposición capitalista interna y una reinserción en el sistema capitalista mundial. Se intentó,así, una nueva forma de articulación entre Estado y sociedad civil que tenía como utopía la erradicación de la política. Este fue el significado de los regímenes militares, especialmente en el Cono Sur, que intentaron ligar una ideología puramente militar e impuesta por los EE.UU., la Doctrina de Seguridad Nacional (que trasladaba al interior de los países la lucha contra la Unión Soviética a través del principio de guerra total contra un enemigo de la Nación que actuaba desde dentro de ella), con un proyecto de contrarrevolución neo capitalista.

3. Si el tema de los 50 fue el desarrollo o la modernización, y el de los 60 fue el de la revolución o el socialismo, el tema contemporáneo en América Latina, puesto en el tapete por los diversos autoritarismos de las últimas dos décadas es el de la "democracia". Pero este tema tiene un doble significado. Por un lado, el de la eliminación de los autoritarismos y la implantanción de regímenes políticos democráticos estables, que sólo resuelven el problema de cómo se gobierna la sociedad y de las relaciones entre la gente y el Estado (el problema de la ciudadanía). Por otro, el de la democratización, que tiene como dimensiones básicas la integración social e igualación de condiciones de vida, ("democratización fundamental"), lo que implica un nuevo modelo de desarrollo, y la participación en los diversos niveles de decisión que afectan la vida individual y colectiva. Ante el fracaso de los autoritarismos y la inviabilidad de las revoluciones, la democracia política aparece como la condición sine qua non de los procesos de democratización y éstos como la condición de consolidación y estabilidad de aquélla. Ambos procesos, transición a regímenes democráticos, y consolidación a través de la democratización social, se dan en el contexto de crisis de los modelos de desarrollo, de

agudización de la dependencia a través del fenómeno de la deuda externa; y exigen, a la vez, creación de mecanismos institucionales, acuerdos políticos entre fuerzas hasta hace poco antagónicas, y reforzamiento de la sociedad civil y movimientos sociales autónomos pero articulados con los dos elementos anteriores. La gran pregunta es si estamos de nuevo en una de las fases del ciclo autoritarismo-democracia, o si se está en capacidad de generar una nueva relación entre sociedad, sistema político y Estado, que abra una nueva época dejando atrás populismos y autoritarismos.

4. En este contexto, el tema de la paz y de la inserción de América Latina en el plano internacional adquiere una nueva dimensión[3]. Por un lado, la paz no puede dejar de definirse en términos de los fenómenos de democratización de cada sociedad y, por lo tanto aparece como un proceso, donde el elemento crucial es la reducción cuantitativa y cualitativa del actor militar, es decir, las FF.AA. Por otro lado, no habrá paz en América Latina mientras el continente sea considerado como parte del bloque de influencia de Estados Unidos y

---

[3]. Ver los Acuerdos de la Primera Sesión Plenaria de la Comisión Sudamericana para la Paz,la Seguridad Regional y la Democracia. Abril de 1987.

mientras este país juzgue cada proceso interno en los otros países como ligado a sus intereses en la lucha por la hegemonía mundial. Esto significa cambiar la actual concepción de seguridad nacional por una de seguridad latinoamericana, considerada como zona de paz ajena a la política de bloques y jugando sus propios intereses que derivan de los procesos de democratización a que nos hemos referido.

II. Las relaciones entre política y religión: algunas interrogantes.

1. Desde el punto de vista aquí desarrollado, los siguientes hechos concernientes a la cuestión de la religión en América Latina nos parecen relevantes[4].

En primer lugar, América Latina sigue siendo predominantemente católica, aun cuando en las últimas décadas las iglesias cristianas no católicas han vivido

---

[4]. Entre otros trabajos, hemos usado para este capítulo, la compilación de CESOC, "Iglesia, Teología y Política" (CESOC, Santiago, 1986), S. Spoerer, "Las Transformaciones del Campo Religioso en América Latina. Un Ensayo de Interpretación" (Revista Paraguaya de Sociología, Año 23, # 67, Septiembre- Diciembre 1986)).

un gran proceso de crecimiento de base muy popular, vinculado, entre otras cosas, a la crisis de identidad de la Iglesia Católica.

En segundo lugar, desde la década del 60 se desarrollan varias tendencias en la Iglesia Católica de América Latina que tienen sus repercusiones en las otras iglesias cristianas. Por un lado, la Iglesia asume posiciones claramente progresistas, incluyendo su jerarquía en los diversos encuentros episcopales, cuya expresión máxima es la "opción preferencial por los pobres". Ello va acompañado, con excepciones según los países, de un creciente rol protagónico en defensa de los derechos humanos y de los procesos de democratización, especialmente en el caso de las dictaduras militares. En muchos casos, ella juega un rol activo en los procesos de pacificación interna y externa a los países. Es decir, la Iglesia aparece en su doble calidad de "espacio" de reconstitución de pensamiento y actores sociales oprimidos y reprimidos, pero también de "actor protagónico propio" con un papel de mediación activa en los conflictos sociopolíticos e internacionales. (En varios países el tema de los Derechos Humanos fue introducido por las Iglesias). Por otro lado, este rol

tiende a ser contrarrestado por una cierta involución proveniente del pontificado de Juan Pablo II, que pone reservas a las dinámicas desatadas por el Concilio Vaticano II y que puede caracterizarse así: una eclesiología que le asigna a la Iglesia un rol portador de una verdad propia más que de aprendizaje de la humanidad, lo que lleva a reestructuraciones conservadoras en las nominaciones de la jerarquía y a privilegiar la dimensión pastoral abstracta como sólo predicadora de la fe; y una posición si bien relativamente progresista en la cuestión de los derechos humanos y el mundo del trabajo, de creciente conservantismo y recelo frente a los temas culturales y de modernización.

En tercer lugar, a veces desde posiciones jerárquicas, las más de las veces al margen de ellas o en ciertos casos en contradicción con ellas, el desarrollo de un pensamiento cristiano renovado de fuerte contenido sociopolítico y progresista que, desde diversos ángulos, enfatiza la dimensión profética, el compromiso de la fe con la praxis, el tema de la liberación. Este pensamiento hace uso de diversas fuentes provenientes de las Ciencias Sociales y abre un campo nuevo a la reflexión teológica.

Ello va acompañado por un fenómeno que aparece aún como más significativo: la presencia en la vida social y política de contingentes masivos de cristianos que, desde su propia identidad, asumen una posición de compromiso con los procesos de cambio y con las ideas de socialistas y de izquierda. Esta presencia toma formas organizativas eclesiales o para eclesiales como las "comunidades de base", pero se expresa también en la animación de organizaciones populares, seculares y, a veces, en las tendencias a formar partidos propios. En este fenómeno es importante la participación tanto del clero (masculino y femenino) como de los laicos.

En cuarto lugar, hay una religiosidad popular masiva inseparable de la cultura latinoamericana, que ha dado origen a diversas interpretaciones contradictorias, y que tiene un papel y un significado ambiguos o complejos. Por un lado, tiende a ser un "refugio en la comunidad", que exacerba la prescindencia del mundo "temporal" con características mágicas y consecuencias alienantes. Por otro lado, marca una postura de vida ante el mundo que conlleva elementos profundos de solidaridad y fermentos de crítica y protesta social. Ambas dimensiones parecen estar fundidas y su separación parece

más un esfuerzo propio de los teóricos o analistas.

En quinto lugar, por último, es evidente que la religión (y en este caso particular la religión cristiana) es un componente esencial de la cultura latinoamericana. Dadas las características reseñadas en la primera parte, de fusión de las diversas dimensiones del sistema social, la religión adquiere una dimensión inevitablemente política, más allá de la cuestión puramente cultural. Esta dimensión puede caracterizarse por una triple función política. Por un lado, la de inspiración y animación del pensamiento y acción políticos. Por otro lado, la de legitimación o deslegitimación de las posiciones y regímenes políticos que se dan en la sociedad secular. Finalmente, la de mediación, a través de los actores eclesiásticos, en los conflictos socio políticos en uno u otro sentido. Todo ello plantea la importancia de la presencia del cristianismo en cualquier proyecto histórico que quiera tener vigencia y legitimidad en América Latina; pero también plantea el problema de la necesaria y difícil secularización de la política.

Los problemas planteados por los fenómenos

religiosos y teológicos descritos a la reflexión y acción políticas que hemos resumido en la primera parte, pueden organizarse en tres niveles: el de las iglesias institucionales (especialmente la Católica), el de los cristianos de base (incluído el clero) incorporados a la política y el del pensamiento y reflexión cristianos.

2. Respecto de la presencia de la Iglesia jerárquico institucional en la vida política, aquí el problema principal, dadas las nuevas tendencias en la Iglesia mundial, es el carácter de la mediación que ejerza en el conflicto sociopolítico, es decir, a favor de quién se sesgue esa mediación pues siempre será sesgada. En algunos países sigue sesgada a favor de las fuerzas conservadoras, aunque sea por la via de la prescindencia. En otros ha sido a favor de las fuerzas progresistas al menos en la cuestión antidictatorial.

Si se examinan los procesos de democratización indicados en la primera parte, es posible esperar una mediación progresista en los momentos de transición a la democracia política y contradictoria en los de democratización global o social. Incluso, dadas ciertas características de las Iglesias cristianas puede haber en

algunas de ellas una acción conservadora o renuente a la transición política misma. En cuanto a la democratización global, hay un plano en el que la Iglesia jugará un rol progresista y positivo: la mantención del discurso contra todas las opresiones y la "opción preferencial por los pobres" será un aguijón permanente para avanzar más allá de la pura construcción de la democracia política, en la que los principales actores políticos estarán envueltos y a la que tenderán a entregar todas sus energías y prioridades. El riesgo aquí por parte de la Iglesia es la no comprensión de lo específicamente político, en lo que ello requiere de transacción, negociación, concertación y profesionalización. El sesgo conservador o regresivo en los procesos de democratización podría darse en el uso de su influencia en los temas que dicen relación con la modernización, donde la Iglesia podría limitar de acuerdo a su doctrina e intereses, las transformaciones en el campo de la educación, la familia, las relaciones interpersonales y el papel de la mujer, por ejemplo.

3. Respecto de la inserción de los cristianos en la política, su aporte a las ideologías clásicas de izquierda en crisis y a la animación de organizaciones populares y políticas no parece discutible.

Hay aquí de nuevo planteado el problema de la dificultad en la acción política de los cristianos de hacer las mediaciones necesarias entre la dimensión profética o mesiánica y la acción política que posee una dimensión instrumental y una dimensión expresivo simbólica. La tendencia de muchos es a despreciar la dimensión instrumental y reducir la política a lo expresivo-simbólico, con lo que la política pasa a ser la directa traducción del mensaje profético, es decir, una nueva forma de religión. Los efectos de esto tienden a ser: un cierto integrismo o involución comunitarista que afirma el problema de la identidad o la pertenencia como el principal, pudiendo llevar al extremo del "partido de los cristianos de izquierda"; un maximalismo de las opciones políticas y una radicalización ideológica distante de las mismas bases sociales a las que se apela; un refugio en un "basismo" que niega a la política su dimensión articuladora global, y rechaza el principio de la negociación y la transacción. A la inversa, el cristianismo popular de base no católica presenta el riesgo de la involución conservadora y de carácter autoritario.

4. Respecto del aporte del pensamiento y la

reflexión teológica cristianos y de los problemas planteados a la política por ellos, cabe hacer las siguientes observaciones.

En primer lugar, la crisis de las utopías seculares y el drama vida/muerte puesto en el tapete por la situación de miseria e injusticia social y, sobre todo, por el autoritarismo militar, le da a la utopía cristiana un papel clave en la formulación de los proyectos históricos.

Los cuatro problemas que me parecen cruciales aquí son: a) la ausencia en la formulación de esta utopía de un conocimiento específico de las mediaciones políticas y de los aspectos instrumentales de ella, reemplazando ello por teorías sociales globales más cercanas a lo socio económico que a la dimensión política; b) la tendencia a fusionar política y religión y no a enfatizar la necesaria secularización de aquélla; la debilidad de la presencia de la utopía liberal y, en ese sentido, la desvalorización de la democracia política; c) por último, la relación con el marxismo, si bien obviada a nivel práctico de lucha conjunta de cristianos y marxistas, sigue sin resolver en la medida

que se trata a ambas utopías, la cristiana y la marxista, como cosmovisiones cerradas y no se asume que ellas han perdido ya su carácter sistémico y globalizante: son valores, principios y elementos que se han secularizado y perdido su integridad monolítica.

En segundo lugar, hay temas aportados por el pensamiento cristiano que han sido trasladados al plano político sin las necesarias traducciones y mediaciones, tarea que queda por hacer.

Entre otros, podemos mencionar: a) el tema de la "liberación",que aparece más como principio utópico que como la realización de utopías parciales e históricas que reconocen fases y etapas que no pueden soslayarse; b) el tema de la violencia y la no violencia activa, que aparece demasiado abstracto ("condenamos la violencia venga de donde venga", lo que permite el opuesto de "la violencia liberadora" como principio que se esgrime contra la "violencia institucionalizada") y no se prepara a la gente ante las situaciones de violencia que aparecen como datos insoslayables y no como mera estrategia de los actores; c) el tema de la "opción preferencial por los pobres" o del "papel protagónico del pueblo

oprimido", que tiene un profundo contenido democratizador, pero que parece abstracto en relación tanto a qué actores sociales que lo encarnan como a la necesaria intermediación y representación por parte de los actores políticos, los que aparecen como subvalorados frente a la noción genérica de "pobres" o "pueblo"; d) el tema de la paz y la reconciliación, que proviene del modelo cristiano de reconciliación con Dios (falta o culpa, arrepentimiento, reparación), pero que en circunstancias de naciones desgarradas aparece como la expresión de buenos deseos. Por cuanto, a nivel social no es posible "el amor" para reconciliar opresor y oprimido, sino que son necesarias las mediaciones institucionales (democracia) que generen un campo de conflicto, lucha y cooperación reconocido como legítimo.

Conclusión

Religión y política estarán necesariamente presentes y en tensión en los procesos de democratización y modernización que encara América Latina. El cristianismo aporta un principio permanente de superación

de las opresiones. Pero la política tiene su especificidad y requiere cierta secularización. Ello es sin duda problemático. Quizás si esta tensión pueda expresarse en el siguiente dilema, parafraseando a un autor: el cristianismo lucha contra la injusticia para acabar con ella y es una profecía. La política lucha contra la injusticia para que ésta no acabe con la sociedad y es, por lo tanto, una apuesta de la voluntad colectiva sin resultado cierto.